

# LA FILOSOFIA COMO JOVIALIDAD

## (Una lectura de «La idea de principio en Leibniz»)

JULIÁN ARROYO POMEDA  
Catedrático de Instituto

El presente artículo se estructura como un acercamiento al texto póstumo de Ortega, limitado a un puro nivel de lectura. En su proceso intentará la captación intelectual («amor intelectual») de los conceptos para exponer, desde ellos, lo que llamaremos una concepción jovial del filosofar, desentrañando la importancia de su más exacto sentido. No se trata, pues, de probar sino de situarse a nivel mostrativo, dejando expandir las posibles ideas que vayan surgiendo al hilo de la reflexión. Leeremos, pues, casi exclusivamente, los capítulos que el autor dedica a nuestro tema y los admiraremos también. ¿La filosofía no es, acaso, la ciencia general del amor?

### 1. JUGAR A LOS PRINCIPIOS

Conocer es ver algo a través de un principio, y el conocimiento es ciencia y la ciencia usa de este método: los principios. Pero si es esto lo que hace la ciencia, con mayor motivo y aun profundidad habrá de hacerlo la filosofía. «*En filosofía esto se lleva al extremo*»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: *La idea de principio en Leibniz*, I, «Revista de Occidente». Madrid, 1967, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 15. La 3.<sup>a</sup> edición de o. c. es de 1970. (Hay nueva edición revisada con algunos anejos inéditos en Alianza Editorial. Madrid, 1979.) En adelante, citaremos empleando únicamente «L», seguido de la página correspondiente.

Por eso ésta busca los principios en el sentido radical. Es decir, nuestro concepto de filosofía consistirá en descubrir la raíz de tal ciencia y por ello titula Ortega uno de sus capítulos «el nivel de nuestro radicalismo».

Henos aquí y así orientados en el nivel de nuestra lectura. Hay que descubrir el *radicalismo* de Ortega, cosa a la que él mismo nos conducirá. Exponer este radicalismo será lo mismo que mostrar su concepto de filosofía. Pero hay que hacerlo, además, incisivamente y de un modo directo. Así escribe el autor:

*«La filosofía, que es el radicalismo o extremismo intelectual, se resuelve al llegar por el camino más corto a esa línea última donde los principios últimos están»<sup>2</sup>.*

En una consideración muy general, toda filosofía implica una cierta idea del ser. Cualquier filósofo que pretenda alguna originalidad tendrá que descubrir, mediante la estructuración de su propio sistema, una idea nueva del ser, que sólo será posible encontrar si previamente se descubre una idea del pensar, esto es, un modo de pensar distinto a los anteriores. De lo que se deduce que si nos interesa conocer la idea orteguiana de la filosofía, habrá que descubrir no tanto su idea del ser, cuanto su modo de *decir*, de pensar, acerca del ser. Con lo que somos fieles a su pensamiento, pues, según su consejo práctico, «*para entender un sistema filosófico*», hay que analizar «*qué entiende esa filosofía por pensar*», a qué se juega en esa filosofía<sup>3</sup>.

Preguntemos, pues, *a qué* se juega en esta obra de Ortega. O mejor, *de qué manera* se juega en ella.

Ante todo, la filosofía no es una ciencia. Por esto ni siquiera le preocupa que los demás la consideren o no como tal. No necesita de la ciencia ni de ningún otro saber. Es el quehacer solitario por excelencia, aunque tiene, si queremos, unos importantes compañeros, los muertos. Con ellos, con los filósofos muertos, necesita tratar frecuentemente en su decir sobre el mundo, en su concepción del universo.

No es ciencia, sobre todo, «*por el carácter de su problema como tal*». En efecto, mientras la ciencia se ocupa de problemas solubles, relativos, la filosofía constituye un problema absoluto, total. Se caracteriza por la inexorabilidad de su problema, que se plantea autó-

---

<sup>2</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, I, 16.

<sup>3</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, I, 30 (véase también cap. 3.º).

nomamente, es decir, por sí mismo, con independencia de que el hombre quiera o no planteárselo <sup>4</sup>.

## 2. EL JUEGO DE LA DUDA

Al hilo de las anteriores precisiones, debemos entrar ya en «el principio» de la filosofía, advirtiendo previamente, en contra de todo idealismo o vitalismo extremado, que su nacimiento se condiciona a la vida. El teorizar es una forma de vivir y el sistema de Ortega se explicará como un equilibrado raciovitalismo con influencias unamunianas, pero contrario al radicalismo de éste. La teoría es vida y la vida es, entendida en su integralidad, más amplia que la teoría.

La filosofía es un camino hacia los auténticos principios o raíces y para conseguirlos necesita no pequeño esfuerzo. Juega, de entrada, a limpiar el campo, denunciando principios falsos, que pudieran salir al paso. Luego se encuentra con que no están realizados por lo que debe hacer el camino al andar. Parafraseando al poeta, se hace filosofía filosofando. ¿Cómo podrá alguien saber qué es filosofía si no se ha puesto antes a filosofar?

Pues bien, desde los más remotos tiempos, se estableció como principio de la filosofía la admiración, la curiosidad. Avalaban esta doctrina Platón y Aristóteles. Con Descartes defiende Ortega, contrariamente a los maestros griegos, que la causa de la filosofía es no la curiosidad, que resulta contraproducente, sino la duda.

*«Filósofo sólo puede ser quien no cree o cree que no cree, y por eso necesita agenciarse algo así como una creencia» <sup>5</sup>.*

Mas la filosofía, que es, en principio, labor de incredulidad, una vez nacida se arraiga como una «*dimensión normal de la vida*», extendiéndose a todos sus campos con la mayor eficacia. «*De aquí que hayan menester de la filosofía hecha los que nunca hubieran de suyo necesitado hacerla.*» Porque hay dos significaciones en la filosofía:

- a) Una es la ya hecha.
- b) Otra, la que necesitamos hacer, porque la anterior no nos

---

<sup>4</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, I, cap. 4.º

<sup>5</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 91.

sirve. Así se explica que sea, a veces, una afición u ocupación que encanta a muchos hombres y les ayuda a pasar la vida<sup>6</sup>. Y esto no hay que olvidarlo, aclara Ortega.

Descartes retuvo un solo principio, la duda, mientras que se atrevió a dudar de todos los demás. Inició su quehacer filosófico dudando de todo, es decir, metodizando el principio y aplicándolo en todo momento. *En todo momento*: he aquí la diferencia con Tomás de Aquino, que, aun defensor de la duda como principio del filosofar, lo dejó sin aplicación, no atreviéndose a cumplir el mandato de su propia mente.

Pero hay más: incluso Aristóteles se identifica en esto con Descartes, si se interpretan profundamente sus palabras. En el libro III de la *Metafísica* quiere establecer una disciplina, que sea fundamento de las demás. Llamará a ésta, que todavía no existe, la buscada.

*«Siempre me ha parecido éste uno de los nombres más hermosos y más adecuados que se han dado a la filosofía» —exclama Ortega. Y continúa: «¡es tan bonito! ¡La que se busca! La filosofía nos aparece así como 'la Princesse lointaine'...»<sup>7</sup>.*

Se puede dudar de que Descartes haya inventado la famosa duda metódica pero, en todo caso, esta duda no fue una idea bella, una ocurrencia ingeniosa, sino la filosofía:

*«esto es... la Filosofía. No hay otra. La filosofía lo es en la medida en que comience con lo que tan admirablemente llama Santo Tomás la 'duda universal'»<sup>8</sup>.*

Y a quien le sorprenda que algo tan sencillo no se hubiera visto antes, piense que el intelecto no puede ponerse en marcha hacia el conocer sin un resorte previo que le dispere, esto es, sin el problema que le lleve a salir de la duda. Por eso Hamlet será saludado como *«el héroe filosófico por excelencia»*.

Esta duda debe ser universal. Si estuviéramos completamente seguros de algo, ya sea la más mínima cosa, podríamos afianzar en tal creencia nuestra vida. Y en ese caso no haría falta la filosofía,

<sup>6</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 92.

<sup>7</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 94.

<sup>8</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 96.

que pretende fundamentar, en su última raíz, la vida de cada hombre.

Lo verdaderamente dramático ocurre cuando a fuerza de dudar llega un momento en que «funcionalizamos» esta duda, la generalizamos. Hay situaciones en que dudar es un modo de creer. Pero en otras, por el contrario, hasta la misma creencia constituye una duda. Es precisamente esto lo que ocurre en nuestro tiempo, por cuya razón «*estamos en la alborada de la más grande época filosófica*».

A Ortega los espasmos existencialistas le producen náuseas y bíblicamente exige que se haga la luz. ¿Luz para una época de rebeliones inacabadas, protestas interminables, innumerables dudas? ¿Luz para nuestras pretensiones exorbitadas de prisas y recortada visión? Exacto: la duda intelectual acabará mordiendo a sí misma, superándose y produciendo la luz del Gran Mediodía. Quizá sea ésta nuestra misión intelectual: ennoblecer nuestras dudas, provocando más y en profundidad, para recoger más adelante sus frutos. ¿Es que no es la duda raíz del filosofar?

Difícilmente se puede ofrecer una visión más joven y dinámica, optimista y esperanzadora, de nuestro momento filosófico. Cúmplase o no este pronóstico, cabe valorar como relevante el planteamiento orteguiano. En todo caso, no estará de más señalar aquí que estas ideas tenían ya un humus bastante firme. Nietzsche las venía señalando desde 1886 en *Humano, demasiado humano*, por ejemplo. En el aforismo 248 calificaba a nuestra época de *transición*. Y luego de hablar de caos y oscilación exclama finalmente:

«¡La cuestión es continuar marchando, avanzar! Quizá, después de todo, nuestro desenvolvimiento se parezca un día a un progreso»<sup>9</sup>.

También las últimas líneas de *Aurora* nos invitan a volar más lejos, hasta llegar donde «*todo es todavía mar ¡nada más que mar!*»<sup>10</sup>.

Aristóteles no cumplió su programa de *universale dubitatione de veritate* porque tenía creencias para fundamentar su vida. Creía en las ciencias y en una serie de dogmas del ágora, de «opiniones reinantes». Igual le pasó a Santo Tomás en la época medieval. Empezó recogiendo la filosofía de Aristóteles, estabilizando así el pensamiento, al no poder plantearse los problemas por sí mismos. (Aquí

---

<sup>9</sup> NIETZSCHE, F.: *Obras completas*, III. Ed. Prestigio. Buenos Aires, 1970, p. 200.

<sup>10</sup> NIETZSCHE, F.: *Obras completas*, II, p. 966.

está una de las fallas del escolasticismo que, según Ortega, es una filosofía meramente receptiva)<sup>10 bis</sup>. De ahí resulta una grave, aunque lógica afirmación: La filosofía aristotélico-escolástica, y concretamente el aristotelismo, es una de las menos filosóficas que ha habido. El criterio de la duda es decisivo por ser un riguroso barómetro, que mide la presión filosófica. Tanto de duda —se entiende precisa y clarividente— tanto de filosofía: «*pero ¿qué se cree que es la filosofía?*»<sup>11</sup>. Una rigurosa interpretación del hecho más sencillo y radical: el acontecimiento de encontrarnos viviendo, que es primero un acontecimiento para mí y después también para las demás cosas entre las que yo vivo. Al lado de esta dimensión optimista de la filosofía encontramos otro nivel, que constituye la defensa del error y de los principios falsos. En una palabra: la verdad es que «*toda auténtica filosofía es a la vez escéptica y dogmática*»<sup>12</sup>. ¿Es esto cierto?

La filosofía surge cuando el ser humano pierde sus creencias tradicionales y su vida se ve privada de sentido. Es entonces cuando la ignorancia cobra una profunda plasticidad: el hombre no sabe qué hacer, no sabe a qué atenerse. Al perder sus teorías, sus dogmas, sus acciones dejan de tener una finalidad.

Según esto, para que surja la filosofía se necesita un previo haber vivido en otros modos no filosóficos. De aquí que no pueda ser algo ingénito al hombre: Adán sólo puede ser filósofo cuando es arrojado del paraíso y no mientras está en él. Porque «*el Paraíso es vivir en la ciencia, estar en ella, y la filosofía presupone haber perdido ésta y haber caído en la duda universal*»<sup>13</sup>. La filosofía «*es algo a que se llega viniendo de otra cosa*». La «otra cosa» es perder la fe tradicional, las opiniones indubitables, las creencias profundas. Y el «algo a que se llega» es el descubrimiento de una nueva fe en la razón, como lógica consecuencia de nuestra anterior pérdida.

Decía antes que nuestra época de duda podría llevar en sí misma una esplendorosa resurrección filosófica. Ahora se confirma la afirmación: la filosofía es duda y, a la vez, confianza; es pérdida, pero para encontrar algo mejor. De lo contrario quedaría el fracaso, la desesperación, el absurdo. Y a estas consecuencias existenciales no se resigna nunca la concepción orteguiana de la filosofía.

---

<sup>10 bis</sup> El autor trata este mismo tema en el último inédito que «Revista de Occidente» (núm. 3, año 1980) publica para conmemorar el 25 aniversario del fallecimiento de Ortega. Véanse pp. 16 y ss.

<sup>11</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 99.

<sup>12</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 102.

<sup>13</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 103.

«Duda o aporía, y euporeía o camino seguro, *methodos*, integran la condición histórica de la histórica ocupación que es filosofar. La duda sin vía a la vista no es duda, es desesperación. Y la desesperación no lleva a la filosofía sino al salto mortal»<sup>14</sup>.

Pero el filósofo necesita salir a la realidad serenamente, sin saltos, con sus propios medios. Medios que suponen antes una plenitud del vivir. El niño-genio, no es posible en filosofía —dice Ortega— pues esta «es cosa de viejos». «Filogenéticamente, la filosofía nace cuando la helenía tradicional yace decrepita».

Así pues, la filosofía nació en un tiempo, en una circunstancia, en un preciso instante. Por eso es historia, y lo que tiene historia implica progreso, errores, limitaciones y acabamiento. Por eso es una equivocación hablar de filosofía perenne; el filosofar mismo no puede convertirse en perennidad por ser fundamentalmente un error que necesita siempre ser desmontado. Y si llegara un momento en que descubriésemos que este viejo modo de filosofar no sólo es limitado y erróneo, sino «en absoluto el filosofar» no habría que desesperarse por ello. Porque no perenniza tal descubrimiento puede ser hasta un progreso.

Todas estas muy graves y serias afirmaciones acaban con la dramática posibilidad de que nuestra época sea la que haga tales descubrimientos. Ortega, al menos, admite la hipótesis: tal vez —dice— estemos en la madrugada de este otro «buen día». ¿Hasta qué punto todo esto? Sigue siendo imposible una absoluta respuesta, pero los descubrimientos modernos y ciertos hechos actuales pudieran muy bien ser signos de que Ortega no andaba descaminado. Esta aurora de la razón es un tema que permite respirar con alivio hasta a un «nuevo dios», como Glucksmann, quien en una reciente entrevista afirma que «cada vez más la gente quiere usar la cabeza. Eso no es la nueva filosofía, sino, de nuevo, la filosofía». Por supuesto, en Nietzsche aparecen estas ideas como temas predilectos de su obra en la forma de «la gran salud», «la fatalidad de las alturas», los cantos nuevos (aforismos 382, 371, 383 de *La Gaya ciencia*), o la gran política (*Más allá del bien y del mal*). Y en *Así habló Zaratustra* se refiere a la salud y esperanza nueva, al Gran Mediodía, que llega a su día que despunta, etc. Quizá constituyan todos estos otros tantos «chispazos gloriosos» de los que habla el mismo Ortega, refiriéndose a nuestro autor.

---

<sup>14</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 104.

De cualquier modo, cualesquiera sean los resultados, la filosofía de Ortega no puede estar más esplendorosamente abierta ni presentarse más plétórica en sugerencias.

### 3. JUGAR AL FRACASO

Comprender una filosofía exige descubrir sus raíces. Pues bien, ¿cuáles son las de Ortega? Sigámosle en el capítulo XXIX.

En último término, toda filosofía se pregunta por el ser, duda de él y ofrece finalmente una nueva interpretación. Ortega rechaza la filosofía de Heidegger porque ha desorbitado este asunto.

El se propuso en 1925 el «*replanteamiento del problema del Ser*», intentando renovarlo desde sus raíces frente a una concepción tradicional. Su punto de partida consiste «*en averiguar lo que significa Ser cuando usamos de este vocablo al preguntarnos 'qué es algo', por tanto, antes de saber qué clase de algo, de ente, tenemos delante*»<sup>15</sup>.

Todas las determinaciones de un objeto «son» y sin embargo el ser no se identifica formalmente con ninguna de ellas, aunque cada una «sea» por el ser. Por lo pronto el ser es una dimensión de una condición muy extraña. No es una más al lado de las otras de cada ente. Sin ser formalmente ninguna de ellas las envuelve a todas, está en todas como aquello por lo que el ente, con toda su concreción, es lo que es. Antes de saber qué clase de algo, qué ente es «esta» manzana, por ejemplo, necesitamos saber qué es esto que llamo cuando digo «es».

El punto de partida de Ortega hacia esta nueva interpretación es la *vida humana*. «*Este fenómeno sistemático es la vida humana y de su intuición y análisis hay que partir...*»

«...Nos hacemos firmes en la realidad radical que es para cada cual su vida... ..en el acontecimiento vida le es dado a cada cual... ..toda otra realidad... ..Es, pues, la raíz de toda otra realidad y sólo por esto es radical»<sup>16</sup>.

Propone, pues, la vida humana como punto de partida de la filosofía. En efecto, el saber filosófico es un saber humano. Ni los

<sup>15</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 111.

<sup>16</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 112-13.



dioses, ni los animales filosofan. Por no haber empezado aquí el planteamiento tradicional no ha partido de su auténtica raíz.

El ser está siempre en relación con el hombre, en el sentido más radical y profundo, pero esta concepción no ha sido percibida por Aristóteles, Descartes o Aquino. Tampoco ha hecho Heidegger tal planteamiento originario. «No se trata, pues, de que las soluciones recibidas parezcan insuficientes, sino que parecen los problemas insuficientemente problematizados. Tenemos que aprender a verlos más exasperadamente, haciéndonos cuestión de lo que menos se esperaría»<sup>17</sup>.

De aquí que necesitemos extremar nuestro radicalismo más profundamente. Hay que llegar a las ultimidades, a los cimientos de las cosas. Pero todo esto es una tarea sospechosa, ya que está siempre removiendo seguras creencias y cuestionando lo incuestionable, a primera vista. Eso hace que al filósofo se le considere un hombre «subversivo» respecto a todos los órdenes establecidos. La filosofía, explica Ortega, es «la única disciplina humana que no vive de su buen éxito y de lograr lo que intenta; al revés: que consiste en fracasar siempre, porque lo necesario, lo ineludible en ella no es el logro, sino el intento»<sup>18</sup>. Pero es una actividad en la que el hombre debe comportarse radicalmente: «la filosofía es formalmente radicalismo» y nos ayudará a descubrir nuestras raíces, las de los demás y las del mundo. No lo logra —«no se justifica por su logro» —pero su única ocupación es el continuo intento por conseguirlo.

*«Es la perenne fatiga de Sísyfo elevando, una y otra vez vanamente, la pesadumbre del peñasco desde el valle a la cumbre»<sup>19</sup>.*

La filosofía es como un partir hacia lo improbable y Ortega no oculta sus grandes dificultades. Precisamente este fracaso la hace ser más humana. Sólo la parte animal del hombre no fracasa. Por lo demás, el hombre es «precisamente un sustancial fracaso, o dicho en otro giro: la sustancia del hombre es su inevitable y magnífico fracasar»<sup>20</sup>.

De aquí se sigue que quien quiera valorar efectivamente la filosofía tenga que prescindir de la tabla de valores tradicionales para

<sup>17</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 122.

<sup>18</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 123.

<sup>19</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 126.

<sup>20</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 127.

crear otra inversa. Frente a un pesimismo, en cierto modo lógico, se levanta Ortega afirmando que precisamente por la valentía de un tal radicalismo aun la más errada filosofía es un *logro*. Rechazando un mundo recibido comienza a encontrarse en la verdad. Es como el caminante que tiene que ir trascendiendo sus pasos para poder llegar a término. O como el nadador que va dejando tras de sí las olas. Sólo porque las abandona y las deshace le es posible mantenerse a flote y avanzar. Así el ser del filósofo consiste en ser siempre «energía» y estar haciendo o sosteniendo, actualizando, a cada momento, su filosofía.

La filosofía es, pues, un *fracaso*. ¿No será ésta su positiva misión? Parece significativo que ninguna filosofía haya sentido su propio fracaso (pueden leerse, a este respecto, las razones que ofrece Nietzsche para que un filósofo no hable en público de «su cambio de parecer»<sup>21</sup> y cuando lo ha hecho referente a otras era porque ellas suponían un avance más en el constante caminar.

*«Cuando subimos una montaña, cada uno de nuestros pasos es la aspiración a llegar hasta la cima, y si el que ahora damos mira hacia atrás, le parecerán sus congéneres anteriores un fracaso. Mas cada paso fue, como el último, un propósito de llegar a la cima y un creer-se casi estar ya en ella»*<sup>22</sup>.

En el capítulo XXX de la obra a que se refiere nuestra lectura, reflexiona Ortega sobre la filosofía, la creencia y la verdad. La filosofía no es en el hombre una actitud primera. Supone otras, o al menos otra, la creencia. En general, puede decirse que no hay creencia en singular. Hay mas bien, creencias. Por eso las nuestras chocan a veces, con otras y de este choque brota una nueva exigencia: dilucidar acerca de ellas en el intento de alcanzar la verdad. Verdad es la necesidad de decidir, eligiendo entre dos creencias, lo que no es posible, mientras se viva en ellas:

*«Yo expreso este distinto cariz diciendo que las 'ideas' las tenemos y sostenemos, pero en las 'creencias' estamos; es decir, que son ellas quienes nos tienen, nos sostienen y nos retienen»*<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> NIETZSCHE, F.: *Obras completas*, II, aforismo 253, p. 204.

<sup>22</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 129.

<sup>23</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 138.

(A este respecto, cabe recordar que en el párrafo 26 define a las creencias como «draomas», concluyendo en que toda filosofía es «draoma», nunca «ideoma».)

Si el hombre quiere liberarse de sus creencias, necesita pagar un precio: caer en la inseguridad, la incertidumbre, la perplejidad. Estas situaciones le llevan, a la vez, a la necesidad de encontrar algo con lo que pueda «estar en lo cierto», porque la dimensión primaria de nuestra vida es el porvenir, lo incierto y lo que amenaza. Aquí puede surgir la auténtica filosofía, que *«es el formal movimiento que lleva a salir de la duda»*. Lo que está en función de las convulsiones de la historia. Nace y renace según vaya cayendo el número de las tradicionales creencias. De aquí su lado dramático y su actitud internamente dinámica. Fluctúa entre las diversas creencias históricas haciendo renacer nuevas dudas al no poder quedarse en ninguna de las vigentes. La actitud esencial de la filosofía *«es caer en la cuenta de que se ha creído saber y esta creencia se ha revelado como un error»*<sup>24</sup>.

#### 4. EL JUEGO FILOSOFICO

Este «lado dramático del filosofar» se encuentra históricamente en su mismo nacimiento. Es en Grecia donde se inicia, precisamente para tapar el hueco pavoroso que trajo el descubrimiento de que no había dioses. Cuando los griegos sienten el engaño integral de su vivir, se dan a la búsqueda del ser con «heroica reacción» y «exaltante e irritante grito» ante su posible encuentro.

Este momento crucial lo vive, a veces, la filosofía. Ella encuentra el mundo, el suyo, en el que ha vivido como un esencial engaño. Entonces la realidad aparece como *«la Nada-siendo»* o mejor aún, como la nada *«siéndonos»*<sup>25</sup>.

La filosofía, según Ortega, sólo puede partir de la vida y en nuestra vida también aparece inexorablemente este lado patético, formando parte de nuestra propia raíz. Y tal experiencia debe llevarnos a vivir ocupados en filosofar, tratando así de buscar la única solución. Frente al «sentido trágico de la vida» unamuniano, Ortega propone un *«sentido deportivo y festival»*, que consiste en preocuparse *«tranquilamente solo de «ver» cómo las cosas propiamente son,*

---

<sup>24</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 146.

<sup>25</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 148.

*o mejor, qué de las cosas vemos claramente y qué no, sin aspavientos, sin fraseología, sin tragedia ni comedia»*<sup>26</sup>.

Define Ortega el deporte como las situaciones de la vida en que al hombre «le gusta pasarlo mal». «*El deporte es un esfuerzo muy rudo, a veces mortal, que se busca porque sí*»<sup>27</sup>.

Y opina que el modo actual de hacer filosofía es impropio. Pues además de este carácter dramático y patético «*al ser teoría y mera combinación de ideas, su índole propia es jovial como corresponde a un juego. La filosofía es, en efecto, juego de ideas y, por eso, en Grecia... como se juega al disco y al pancracio se juega a filosofar*»<sup>28</sup>.

Frente al mundo serio de las creencias, la filosofía como la poesía, se caracterizan por su «falta de seriedad» y su esencial irresponsabilidad. Pero esto es su máximo elogio pues hace posible «*una hora de asueto metafísico y liberación de la onerosa necesidad que es la vida*»<sup>29</sup>. Si nos quedamos con la impropiedad existencial de proceder patéticamente en el filosofar, caeremos en una pérdida de libertad de espíritu, en una pérdida de audacia y alegría, sin lo cual no nos será posible su realización.

*«Mi idea es, pues, que el tono adecuado al filosofar, no es la abrumadora seriedad de la vida, sino la alció-nica jovialidad del deporte, del juego»*<sup>30</sup>.

Apuesta Ortega por el juego y citando a Platón en los últimos años de su vida escribe: «*¡Quién sabe! Tal vez el chaquete y las ciencias no son cosas diferentes*». Y recuerda que Descartes y Leibniz «*se ocupan del ajedrez... y mueven a sus discípulos matemáticos para que trabajen muy seriamente sobre los juegos*»<sup>31</sup>.

Hay que analizar, pues, la idea juego, término rico en dimensiones. En primer lugar «*se nos descompone en su plural: los juegos*». Empieza por los juegos de los niños y paralelamente de los cachorros de los animales y se continúa después con los juegos de esfuerzo y lucha, incluso mortal: escalar, torear, juegos científicos.

Después exige una peculiar seriedad consistente en «*cumplir sus reglas*».

Además, hay en el filósofo como «*una fruición de 'descifrador de*

<sup>26</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 152.

<sup>27</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 154.

<sup>28</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 165.

<sup>29</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 166.

<sup>30</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 166.

<sup>31</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 167.

*enigmas' en que, por lo pronto, pierde el enigma todo el carácter patético que per accidens puede envolver y lo empareja con el jeroglífico, la charada y las palabras cruzadas»*<sup>32</sup>.

Y por último, el filósofo en el juego se siente creador del Universo: «*crea una figura del Universo*». Hay todavía una pregunta más radical: ¿Por qué juega el hombre a filosofar? El hombre —y todo hombre— concreto se ve forzado irremisiblemente a hacer una *interpretación del mundo*. Si no lo hiciera filosóficamente, habría de contentarse con una interpretación mitológica, religiosa o poética. Pero ocurre que el hombre ha perdido su fe en todas las interpretaciones. Y que su esencial racionalidad le obliga a tal interpretación. Cuando el hombre perdió su fe en tales actividades se quedó flotando y como estupefacto. La filosofía le libró de convertirse en un estúpido, pues «*la estupefacción prolongada engranda la estupidez*»<sup>33</sup>. Pero «*siendo inexorable la necesidad de interpretar lo que hay —se pregunta Ortega— ¿existe, llegadas ciertas fechas, otro modo mejor cualificado, más serio y auténtico, más responsable de enfrentar el enigma del vivir que la filosofía?*»<sup>34</sup>. La respuesta va a dar a este juego su más radical sustantividad, intuyendo Ortega que el hombre está destinado a ser filósofo si es que quiere llegar a ser auténticamente sí mismo. Y además debe serlo por tener que cumplir con la obligación de cultivar la razón. La filosofía es un deber insustituible para el hombre «*y será forzoso reconocerla como un ensayo necesariamente perpetuo y perpetuamente necesario*»<sup>35</sup>.

Queda todavía un punto más. Dado que el hombre está radicalmente hecho para la verdad y la duda es la entraña de la filosofía, *verdad y filosofía* se identificarán estrictamente. La filosofía nació de la superación de la duda y la verdad consiste justamente «*en estar sin cesar superando toda duda posible*».

¿Por qué, finalmente está el hombre comprometido a filosofar? O bajo otro aspecto, ¿qué se juega aquí el hombre? Nada menos que su propia vida: «*en la filosofía le va al filósofo la vida. Se juega su vida*»<sup>36</sup>. Pero se la juega por una causa noble: la búsqueda de la verdad para vivir con autenticidad («*demostrar la verdad para, gracias a ello, poder vivir auténticamente*»<sup>37</sup>).

<sup>32</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 169.

<sup>33</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 178.

<sup>34</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 179.

<sup>35</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 180.

<sup>36</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 181.

<sup>37</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 182.

Ortega acaba proponiendo filosofar jovialmente y, empleando uno de sus elegantes y peculiares desplantes<sup>38</sup> en su proceso descubridor de los auténticos matices de las realidades, que los términos representan, emparenta metafóricamente con Jove el vocablo jovial o jovialidad, concluyendo que filosofando de este modo podemos acercarnos a la más alta instancia del reino de los dioses.

Así la verdad de la realidad va surgiendo, cual belleza mitológica, en esplendorosa desnudez para descubrir, sin veladura alguna y hasta indecentemente, su ser todo:

*«A ese estado de ánimo, a ese temple que propongo como el adecuado a la filosofía, llamaron los antiguos... jovialidad, esto es, el tono vital propio de Jove, de Júpiter o Dios Padre. La filosofía resulta así una 'imitación de Jove'»<sup>39</sup>.*

Correspondencia:

*Instituto de Bachillerato «Cairasco de Figueroa».  
Tamaraceite (Gran Canaria).*

---

<sup>38</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 143, nota 1. (En este pasaje se queja Ortega, en nota al margen del texto, y refiriéndose a los intelectuales, de que vean en sus escritos sólo metáforas, acusándole, por ello, de no hacer filosofía. Se defiende mediante una rápida e irónica pirueta, indicándoles que aprendan las esenciales razones por las que el hombre es animal elegante.)

<sup>39</sup> ORTEGA Y GASSET, J.: L, II, 183.